

LETRAS

LETRILLAS

L&TROMA



Ilustración: LETRAS LIBRES / Alejandro Magallanes

86

LETRAS LIBRES
MARZO 2015

MÉXICO

CONTRA LA CORRUPCIÓN, UN DISCRETO COMIENZO

EDUARDO BOHÓRQUEZ

¿Son suficientes las ocho acciones planteadas por el presidente Peña Nieto para prevenir la corrupción y, en particular, el conflicto de intereses? La respuesta es no. Es necesario un nuevo diseño institucional que asegure la creación y operación de una auténtica política nacional, y no solo federal, en esta materia; un sistema que enfrente los distintos ángulos y manifestaciones de la corrupción. Se les conoce como sistemas nacionales de integridad. Se trata de un conjunto de instituciones, mecanismos y prácticas que se articulan para resolver un problema que ninguna secretaría, dependencia o poder público pueden resolver por cuenta propia. A diferencia de la tradicional idea de un “zar anticorrupción”, los sistemas de integridad reconocen que los países tienen que enfrentar las causas de la corrupción y no solo sus síntomas.

La idea de un sistema anticorrupción se encuentra hoy día arraigada en la academia y la sociedad civil, pero la clase política opera en horizontes de

tiempo distintos. Eso significa que los especialistas pueden imaginar el resultado de la implementación de políticas y diseños institucionales en el futuro, pero los ciudadanos –y por ende, la clase política– viven la corrupción en tiempo presente. En términos de comunicación y vida cotidiana los escándalos ocurren siempre en el pasado, pero el agravio se da en el presente. El periodismo o la denuncia política revelan ante nosotros los detalles de una trama que ya habíamos imaginado y que el noticiero de la mañana simplemente confirma.

Aunque la clase política nos ha acostumbrado a la rutina de la detención espectacular, el país no debe seguir construyéndose con acciones aisladas que tardan años en convertirse en políticas generalizadas. Un ejemplo: la legislación para asegurar el derecho a la información pública de todo ciudadano en el país. Tras varias reformas constitucionales, en la práctica este es un derecho que se ejerce de forma completamente distinta entre poderes y órdenes de gobierno. Se trata de un conjunto de acciones aisladas, no de un sistema.

Dado que el problema de la corrupción en México atraviesa poderes y partidos, acciones aisladas o la designación presidencial de un nuevo secretario de la Función Pública no cambiarán el rostro de un

país gravemente afectado por problemas de corrupción e impunidad. El Sistema Nacional Anticorrupción sigue siendo un pendiente de la agenda pública. No necesitamos un zar anticorrupción sino un sistema discreto y efectivo para enfrentar causas y síntomas.

Las acciones anunciadas por el presidente el pasado 3 de febrero tienen un mérito que no puede soslayarse. Aunque de forma tardía, reconoce que en materia de conflicto de intereses es necesario tomar acciones desde el Ejecutivo e instruye a los servidores públicos a presentar una declaración que, junto con la declaración patrimonial, contribuya a evitarlos. Que el presidente hable con claridad sobre conflicto de intereses es un avance pero no resuelve el problema que representa el vacío legal para prevenir, investigar y sancionar conflictos de intereses. Sería oportuno que en el marco de las discusiones legislativas sobre el Sistema Nacional Anticorrupción se revise el régimen de responsabilidades de los servidores públicos y se incorporen mecanismos para enfrentar posibles conflictos de intereses.

Todos tenemos intereses. No es ilegal, ni ilegítimo tenerlos. El problema estriba en ocultarlos antes de asumir una encomienda política o administrativa, o durante su ejercicio.

En el servicio público es fundamental saber que toda decisión tomada se hizo apegada a derecho y que es ajena a intereses distintos a los del interés público. La declaración pública de intereses es por ello esencial.

Construir una nueva clase política, que reduzca la desconfianza ciudadana y mejore la representación popular, pasa por abrir el servicio público al escrutinio. Tenemos que aprender a hacer política de forma abierta, donde los intereses estén arriba de la mesa y las decisiones públicas a la vista de todos.

Para controlar el problema de la corrupción es necesario abandonar la idea de que estar inmersos en un problema nos hace expertos en resolverlo. Abandonar la idea de un zar anticorrupción y empezar a entender la compleja trama de los conflictos de intereses es un buen lugar para comenzar. Un discreto comienzo. —

PERFIL

LA BELLEZA DE LAS ESPINAS

ÁLVARO BISAMA

La última vez que vi a Pedro Lemebel leer en público ya no tenía voz. Fue en noviembre, en una sala llena, en el marco de la Feria del Libro de Santiago. Lemebel (1952-2015) hablaba desde los jirones de lo que alguna vez había sido su garganta y estaba amplificado y equalizado por los sonidistas que lo acompañaban desde hace años, cuando un cáncer lo atacó de un modo fulminante. Con todo, como en los viejos tiempos, como con sus libros, seguía siendo feroz y conmovedor. El autor de *Loco afán* había sido una estrella del performance y su habilidad para sacudir al público aún estaba ahí, como si nunca se hubiese ido, como si la enfermedad que se lo llevó a la tumba no existiese, fuese una broma, apenas un resfrío pasajero.

Pero no lo era. Lemebel falleció a fines del pasado enero y el vacío que dejó es tan grande como imposible de medir. Hace veinte años, cuando publicó su primer libro de crónicas (*La esquina es mi corazón*), había dinamitado las jerarquías y órdenes de la literatura local. Eso sucedía no solo porque

había cruzado espacios de trabajo tan disímiles como el performance o el periodismo sino también porque desde el margen proponía una escritura que concentraba a la vez un lirismo forjado en la calle con las polaroids de la democracia vigilada de la década de los noventa chilena y sus sueños de éxito global. Lemebel ya había pasado al imaginario cultural chileno, gracias a las Yeguas del Apocalipsis, el grupo que fundó con Francisco Casas y que sacudió la escena chilena de las artes visuales a fines de los ochenta con sus performances e intervenciones públicas. En esos años, Lemebel no tenía nada que ver con la novela o la ficción sino que trabajaba desde un límite insospechado: la crónica como un espacio tan arriesgado y personal, como una zona de guerrilla y libertad, que era impensado en las aspiraciones de éxito global de lo que alguna vez se llamó Nueva Narrativa Chilena.

Por el contrario, en *La esquina es mi corazón* —y en los libros que siguieron: *Loco afán* y *De perlas y cicatrices*— Lemebel recordó las historias que le contaron de oídas, anotó los nombres de homosexuales muertos por el sida, habló del incendio de la discoteca Divine y los muertos sin nombre de la discoteca Divine, de la casa de Mariana Callejas, del centro de Santiago, de las poblaciones y de los estadios, escribió sobre peladeros y basurales, circos pobres, *boîtes* a la deriva durante la dictadura y sobre los fantasmas que amenazaban la frágil democracia de los acuerdos del Chile finisecular, pero también el imaginario urbano del poder que la literatura chilena había construido. De hecho, cuando Carlos Franz publicó *La muralla enterrada*, en 2001, donde detallaba la tensión entre la ciudad de Santiago y las ficciones que se hacían cargo de ella, mucho de lo que decía sonaba añejo o vencido porque el autor de *Tengo miedo torero* (su única novela, que salió ese mismo año) ya había cambiado el mapa de ese Santiago literario de modo irrevocable.

Pero la radical singularidad de su obra estaba decretada incluso antes de que la escribiese. En 1986, en plena dictadura de Pinochet y en un acto político de la izquierda, había leído, a modo de manifiesto: “No soy

Pasolini pidiendo explicaciones / No soy Ginsberg expulsado de Cuba / No soy un marica disfrazado de poeta / No necesito disfraz / Aquí está mi cara.” Una década después, Roberto Bolaño supo entender aquello. Supo que Lemebel era un poeta, pero también que era el futuro: antes que Carlos Monsiváis lo celebrara, antes de que la crónica invadiese el campo literario latinoamericano como la salida de emergencia a los fantasmas del postboom, Lemebel ya estaba ahí y sus textos eran los más radicales de todos, porque suponían un pacto de sangre entre la biografía y la escritura, sugiriendo que no debería haber barreras entre ellas, como bien demostraba un libro como *Adiós mariquita linda* (2004).

Eso explica que explotara como explotó, cómo pasó de estar en el borde a ser el centro del canon. A esas alturas, leerlo ya no era una consigna sino un signo de los tiempos: mientras sus libros florecían en la cuneta en ediciones piratas, las facultades de literatura ya los habían vuelto objetos de tesis, carne de *papers* de todo tipo. Pero aquella masividad, en vez de desdibujarlos, los volvía más eficaces y urgentes, porque nos habían enseñado a atravesar el cambio de siglo, a leer en clave los acomodados políticos de la transición, a preguntarnos por los límites de lo literario, como alguna vez anotó: “Tal vez lo único que decir [...] sea el balbuceo de signos y cicatrices comunes. Quizás el zapato de cristal perdido esté fermentando en la vastedad de este campo en ruinas, de estrellas y martillos semienterrados en el cuero indoamericano. Quizás este deseo político pueda zigzaguear rasante estos escampados.”

A quienes empezamos a leer a Lemebel en los noventa, su obra siempre nos pareció esencial. Mal que mal, sus libros ya llevan más de veinte años con nosotros. Han atravesado los momentos finales de la dictadura cruzando a fuego toda la transición democrática, para iluminar una y otra vez esa sucesión de presentes extraños de los que está hecha la historia de Chile y la de Latinoamérica. Porque Lemebel era el aguafiestas de la democracia vigilada, el guardián de la memoria, el poeta popular que escribía en el borde de sus propias

capacidades. Lemebel era la única estrella de rock que ha tenido la literatura chilena, el vanguardista perdido y violento que sabía que la memoria era un asunto personal porque el lenguaje estaba vivo gracias a los huesos de los muertos, gracias a esa música que solo pueden bailar los fantasmas, algo que él era capaz de atesorar como si de piedras preciosas se tratase porque se trata de una literatura de la calle, de la esquina, de la noche. Ahí, la condición insobornable de su literatura subraya la paradoja de un arte que rechaza toda comodidad porque su belleza es feroz y cruel y es real y está hecha de espinas y en ese lugar era valiente pero también generoso. Supongo que nunca dejaremos de agradecerle por eso. —

POLÍTICA

LAS CONJUGACIONES DE PODEMOS

de MANUEL ARIAS MALDONADO

Mucho se ha insistido en que los líderes de Podemos son profesores de ciencia política. Sin embargo, nadie sabe muy bien qué significado atribuir a ese hecho. ¿Son aprendices de brujo que están convirtiendo España en un gigantesco trabajo de campo, heraldos de una diferente profesionalización de la política, modernos Quijotes que no sueñan con libros de caballería sino con revistas internacionales con índice de impacto? Simultáneamente, han estallado modestas disputas intelectuales en torno a su genealogía teórica, como la que trata de decidir si son o no gramscianos. Y no faltan quienes apuntan que estas adjetivaciones carecen de toda importancia a estas alturas, siendo lo relevante atender a lo que Podemos llegue a *bacer* por encima de lo que *piense*.

Sería un error, no obstante, desdenar las bases teóricas de Podemos como una curiosidad sin importancia. Para empezar, está el puro placer intelectual de conocerlas, para así observar el desarrollo de la formación con un ojo puesto en sus fundamentos. Pero sucede también que pocas veces se habrá visto una correspondencia tan exacta entre la teoría y la praxis en

nuestro sistema político, lo que significa que la última no puede entenderse sin la primera; es, de hecho, una teoría *orientada* a la praxis. Así lo demuestra la intervención de Íñigo Errejón, número tres del partido, en un máster organizado por el Departamento de Ciencia Política de la UNED, disponible en YouTube. Su exposición es brillante, aunque —para quien conozca sus fuentes intelectuales— nada original. Allí puede constatarse, en todo caso, por qué los grandes partidos españoles se encuentran con el pie cambiado: su mentalidad de gran empresa consolidada se ha visto sacudida por la irrupción de una ágil *start-up* que ha cambiado el mercado en que todos compiten. Íbamos al Corte Inglés y ahora preferimos una tienda digital.

Dicho esto, ¿de qué fuentes bebe Podemos? Más aún, ¿qué relación hay entre sus bases intelectuales y su práctica política? Si queremos señalar rápidamente sus principales influencias, hay que hablar de un itinerario teórico que empieza en Antonio Gramsci, sigue con Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, influidos a su vez por Jacques Derrida e incluso Carl Schmitt, hace parada en Jacques Rancière, coquetea con Žižek y en todo momento se alimenta de la teoría de los marcos que, desde la psicología y la sociología, es parte decisiva de la explicación contemporánea de los movimientos sociales. Y, si queremos reducir todo esto a una sencilla formulación, podemos recurrir a la famosa frase de Victor Hugo según la cual puede pararse a un ejército, pero no a una idea cuyo momento ha llegado. Porque Hugo tenía razón, pero se olvidó de añadir que las ideas no nacen en el vacío ni se propagan espontáneamente. Premisa mayor de Podemos es la necesidad de impulsar ciertas ideas, con objeto de generalizarlas cuando la ocasión sea propicia, para así cambiar la percepción de los ciudadanos como primera fase de un proyecto más amplio de transformación social.

Ni qué decir tiene que no es precisamente novedoso apuntar que la percepción es un elemento decisivo de la vida; tampoco que el lenguaje es constitutivo de la realidad así percibida: venimos sabiéndolo desde Platón y nos lo recordó Maquiavelo. Pero la



Fotografía: Zúñiga (EPA)/EFE/REYNAL

+Una guerra de significados.

filosofía occidental ha ido refinando considerablemente su vocabulario sobre la relación entre las palabras y las cosas, prestando cada vez más atención a los procesos a través de los cuales ciertas formas de percibir la realidad pasan de los márgenes al centro e incorporando a sus análisis no solo la creación estatal de imágenes sino también su misma germinación social. La vieja idea de Hugo, convertida ahora en *frame*.

Esto significa que no existen significados fijos, sino que la sociedad se encuentra constituida en cada momento por un conjunto de relaciones de poder que han cristalizado en una determinada organización de la realidad, sedimentada y naturalizada por el paso del tiempo, presentada *como si* fuera inevitable y no contingente. Tal es la tesis central del pensador argentino Ernesto Laclau, para quien el orden social es un discurso, o sea, un conjunto de prácticas y significados que no tienen un contenido estable, sino flotante, porque su sentido depende de las relaciones, por definición dinámicas, entre diferentes clases y grupos. De ahí que la sociedad siempre esté *abierta*, aunque en un sentido

diferente al popperiano. Y corresponde a la política poner en cuestión el orden existente, haciendo ver que nada hay de necesario en él; Laclau es así posmarxista, porque afirma la primacía de lo político y no de lo económico. Es el paso que Gramsci no llegó a dar cuando formuló su noción de hegemonía, reformulada por el propio Laclau y Chantal Mouffe, quienes ponen de manifiesto en trabajos conjuntos que las alianzas entre grupos susceptibles de alterar ese orden falsamente naturalizado no responden a rígidas divisiones de clase. Algo visible en el variado perfil sociológico del potencial votante de Podemos, y que a su vez permite subrayar el papel de los llamados “grupos subalternos”: desde las mujeres a los indígenas. Nuevos actores que permiten crear nuevas coaliciones y alterar el equilibrio de intereses existentes.

¡Pluralismo! Justamente. Y su reconocimiento teórico implica una concepción agonística de la política, así Mouffe, como canalización de un conflicto que el consenso –aspiración imposible– no puede erradicar. En esto, Mouffe sigue a Carl Schmitt y su célebre distinción entre amigo y enemigo, cruzada con la idea de Derrida sobre la *différence*. Así las cosas, construir un eje antagónico, un *nosotros* frente a un *ellos*, es esencial para constituir identidades que, por esa misma razón, no tienen un carácter definitivo. En el marco de esa “democracia agonística”, el populismo es entendido, a la manera de Laclau, como una lógica social antes que como una ideología específica. Se trata de una lógica fundamentalmente democrática, en la medida en que la construcción del *pueblo* es vista como la tarea central de toda política moderna. Desde este punto de vista, el populismo pasa a ser una forma de la lucha por la hegemonía, mediante la cual unas demandas hasta el momento marginales son politizadas y universalizadas, pasando a formar parte del vocabulario ordinario de todos los agentes políticos. Así, desde el momento en que los rivales de Podemos usan el término *casta*, están otorgándole una victoria: porque entran al combate con metáforas ajenas, *creando* así una realidad distinta a través del discurso.

En este punto, la relación de Podemos con los movimientos sociales tiene especial relevancia, ya que el verdadero cambio político solo se hace posible después de que la política insurgente desarrollada por aquellos ha preparado el terreno. En la conferencia citada, Errejón habla explícitamente de la “grieta” abierta por el movimiento 15M como el momento en que se produjo “una quiebra en el sentido instituido” en España y se abrieron nuevas posibilidades hegemónicas. Acertadamente, la teoría contemporánea de los movimientos sociales ha tendido a caracterizar a estos como agentes de persuasión que libran una guerra de significados en torno a la realidad social, tratando de modificar el entendimiento mayoritario sobre determinados asuntos. En lugar de enmarcar una chimenea humeante como símbolo de progreso, ver en ella polución; reinterpretar el desahucio como un problema público antes que un drama privado; etcétera. Ya lo dice Žižek: todo es ideología. O sea: la realidad depende del modo en que veamos la realidad. Este constructivismo radical, dicho sea de paso, bien puede explicar la dificultad que encuentran estos movimientos populistas para traducir la “voluntad de cambio” en rendimientos económicos dignos de tal nombre.

Hay muchos otros aspectos del fenómeno Podemos –como su fuerte dimensión emocional– que merecen atención; asimismo, sus bases teóricas son susceptibles de una crítica fundamentada. Pero no se trataba aquí sino de presentar esas bases, especialmente relevantes para un partido de politólogos. Máxime porque incluyen, como ha podido verse, un manual de instrucciones para el acceso al poder y un programa de resignificación cuyo núcleo es la desacralización del régimen constitucional vigente, señalado por Iglesias & Co. como una contingencia que ha permanecido naturalizada demasiado tiempo. Si España no tenía una democracia agonística, desde luego ha pasado a tenerla. La guerra –por el significado, por los recursos, por el poder– está en marcha. Y por eso conviene saber qué piensan los generales. —

CRÍTICA LITERARIA

LA CONSAGRACIÓN DE LA LITERATURA

JORGE TÉLLEZ

“Apreciado lector: es un placer invitarlo a la ceremonia de consagración de la primera novela de su escritor favorito, que ha merecido este honor luego de ser publicada originalmente hace ya catorce años. La consagración tendrá lugar en el Palacio de Bellas Artes este sábado en punto de las ocho de la noche. Le rogamos llegar puntualmente.”

La doble naturaleza del canon literario –al mismo tiempo impositiva, pero siempre dependiente de constantes escrutinios– hace que una invitación como esta sea perfectamente posible, por un lado, y completamente absurda, por el otro. Y sin embargo entre los lectores y críticos se comparte una ansiedad por saber cuáles de los textos que leen y estudian tienen la validez, calidad, resistencia, o incluso el derecho de ser considerados canónicos.

Me refiero, en particular, al texto “Adiós a los jóvenes escritores setenteros” de Miguel Ángel Hernández Acosta, publicado a principios de este año en la página web de la revista *Crítica*, en donde el autor hace un análisis del estado actual de la literatura escrita por gente nacida en la década de los setenta. La duda que articula el análisis es la misma pero se enuncia de diversas formas: “¿Quiénes se mantienen aún, quiénes siguen escribiendo, quiénes ya escribieron la obra que los consagra?”, “¿quién de los setenteros ha sido la apuesta pública de un escritor consagrado?”, “¿quién consideraríamos que ya se consagró, quién dejó de ser una promesa y se convirtió en una realidad?”.

Curiosamente, en ningún momento llega la explicación de lo que significan estas categorías: ¿qué es un escritor consagrado?, ¿qué es una obra consagrada?, ¿qué o quiénes deciden u ordenan la consagración? La apuesta final del artículo es por el tiempo: esperar diez años a que el tiempo haga su trabajo. Dejar en manos de la

historia el juicio de los hechos presentes niega la agencia de las personas que la escriben, pero además enfatiza otra categoría —la del tiempo— mediante la cual hablamos de literatura y que difícilmente resiste el análisis.

En el artículo de Hernández Acosta también hay una preocupación por despedir la juventud de estos autores: “El tiempo de los escritores setenteros que abandonan la ‘juventud’ está a punto de iniciar. Veamos si con él llega la madurez literaria.” Pero ¿qué es exactamente la madurez literaria? ¿En qué consiste un libro maduro? Da la impresión de que existen, en la gramática de la literatura, distintos criterios para juzgar una primera novela, o un último poemario, o una obra madura, pero nadie se ha detenido a explicar cuáles son; frases como “este libro está muy bien para ser una primera novela” se han repetido tanto que su nulo significado pasa inadvertido.

La juventud de obras y escritores puede ser resultado de criterios políticos —las becas del Fonca a jóvenes creadores es un ejemplo— o mercantiles —donde la norma es la novedad—, pero la madurez y la consagración de un escritor o una obra es algo mucho más difícil de explicar. Existen, es verdad, mecanismos que podrían considerarse como medios de consagración literaria: desde el más desprestigiado de todos (las cifras de venta) hasta los más institucionales (como los homenajes o cualquier tipo de reconocimiento otorgado por universidades, asociaciones o dependencias gubernamentales). La inclusión en antologías, las reediciones conmemorativas, ediciones críticas o anotadas, reseñas favorables, o las esquizofrénicas listas al final de cada año también son ejemplos de cierto tipo de consagración. Todo esto, sin embargo, no asegura lo que parece ser la única condición para consagrar un libro o a un autor: la permanencia.

Para seguir con la metáfora biológica, que un libro “sobreviva” diez o quince o veinte o cuarenta años no depende enteramente de estos mecanismos, pero es cierto que sí colaboran a extender o a mejorar la vida de la obra literaria. Ante esta contradicción resulta útil echar mano de otro

ejemplo de consagración literaria que depende, en relación inversamente proporcional, de estas prácticas: el escritor o la obra “de culto”. En este caso, es necesaria la ausencia de atención institucional y mercantil para que un texto adquiera este tipo de reconocimiento. En ambos casos, la consagración existe únicamente por obra de quien la enuncia y reconoce: el escritor de culto es un extraño para otros —necesita serlo—; el escritor reconocido o consagrado por un grupo es un escritor sobrevalorado, mafioso, trivial, según otro. El canon, contra lo que se piensa, no es uno solo y depende menos del tiempo que de la capacidad por convencer al otro; es consenso en constante movimiento.

Por último, falta averiguar en qué consiste el ideal de madurez literaria: ¿con dos libros publicados antes de los cuarenta años, Juan Rulfo fue un joven genio o un escritor que no necesitó de juventud literaria para madurar? Uno de esos temas que producen cantidades de listas y artículos de periódico es el de los escritores que publicaron “tarde”, es decir, que publicaron cuando ya no se les puede reconocer o vender como escritores jóvenes: Raymond Chandler siempre está en esas listas, igual que José Saramago, Wallace Stevens, Imre Kertész y muchos más. “Escritores tardíos”, se les llama en algunos textos, como si hubiera un momento preciso para publicar y como si al pasarlo todo lo que se escribe resultara extemporáneo.

En su libro *Sobre el estilo tardío*, Edward Said propone un modelo de estudio en el que la temporalidad no se encuentra fuera de la obra artística, sino que se construye al interior de ella retrospectivamente. Siguiendo los análisis de Adorno sobre Beethoven, Said dice que “estilo tardío es lo que sucede cuando el arte no abdica de sus derechos a favor de la realidad”. Pedirle a la posteridad que nos indique el camino de la consagración, independientemente de lo que eso signifique, implica abandonar, como lectores, nuestros derechos sobre la literatura y nos convierte en sujetos pasivos que, pacientemente, esperan que en algún momento el futuro nos confirme si lo hicimos bien o mal. —

RECUENTO DRAMATIS PERSONAE

✎ EDUARDO HUCHÍN SOSA

Ricardo III. Tras el renovado interés que despertó en los últimos años, los periódicos suelen referirse al monarca con frases como “el último de la casa de York”, “el último de la dinastía Plantagenet”, “el último muerto en el campo de batalla”, “uno de los últimos cuya localización de su tumba no había llegado hasta nuestros días”. El *último*. Su cuerpo había sido depositado en la abadía de Greyfriars después de la derrota de Bosworth, pero su paradero terminó siendo un misterio cuando la iglesia fue demolida en 1538.

Ricardianos. Individuos interesados en reivindicar la figura de Ricardo III, cuyo nombre ha sido manchado por la opinión pública, pero en mayor medida por el genio de Shakespeare. En 1924 un eminente cirujano británico llamado Saxon Barton, junto a un grupo de aficionados a la historia, fundó la Comunidad del Jabalí Blanco, más tarde renombrada como Sociedad de Ricardo III. Sus actividades, entre las que destacan comidas de Navidad en Fotheringhay, grupos de lectura y conmemoraciones anuales de la batalla de Bosworth, tuvieron un deslumbrante giro hace unos pocos años cuando se anunció que encabezarían la búsqueda de la osamenta real. Ya se sabe que cualquier labor revisionista queda incompleta si no hay unos huesos que trasladar de un sitio que se considera deshonesto a uno respetable.

Philippa Langley. Actual secretaria de la Sociedad de Ricardo III y pieza fundamental para que la exhumación de Ricardo fuera una realidad. Diversos artículos publicados desde mediados de los setenta en *The Ricardian*, la revista de la sociedad, sugerían que los restos se encontraban bajo el estacionamiento del ayuntamiento de Leicester (una ciudad a dos horas al norte de Londres). En agosto de 2009, la señora Langley visitó la zona en cuestión y el presentimiento de estar sobre la tumba de Ricardo III se apoderó inmediatamente de ella. Un año más tarde, volvió al lugar de

los hechos y encontró una enorme R pintada en el suelo, una letra que correspondía a “Reservado”, pero que ella interpretó como un símbolo. Esa pequeña epifanía fue determinante para abrazar la misión, lo cual significó una gesta para recaudar fondos y convencer a un grupo de arqueólogos de la universidad de Leicester para que se uniera al proyecto Looking for Richard. Langley fue la estrella del documental de Channel 4, *Richard III: The king in the car park*, donde aparece llorando en repetidas ocasiones. Cuando en septiembre de 2012 el equipo arqueológico dio con unos restos en el lugar señalado, mientras los demás veían algunos “huesos viejos” ella tuvo la sensación de estar “viendo a un hombre”.

Richard Buckley. Director del departamento de arqueología de la Universidad de Leicester. Fue el encargado de dar a conocer, en febrero de 2013, que los restos hallados bajo el estacionamiento eran en efecto los del rey. Once heridas, curvaturas en la espina dorsal (pero no lo suficientemente pronunciadas para hablar de un jorobado) y lo arrojado por las pruebas de radiocarbono hacían suponer de manera muy consistente la identidad del esqueleto, pero fue el análisis de ADN lo que en último término vino a confirmar “en un 99.999%” el gran descubrimiento.

Michael Ibsen. Carpintero canadiense que ha sido reconocido por los genealogistas como descendiente de Ana de York, la hermana del rey Ricardo. En 2004, el historiador John Ashdown-Hill, que había rastreado la estirpe real por dieciséis generaciones, contactó a la madre de Ibsen, Joy, para notificarle que la línea materna de Ana desembocaba en ella. Desafortunadamente, Joy murió antes del descubrimiento de los huesos, por lo que el ADN de Ibsen fue fundamental para certificar el hallazgo. A diferencia del ADN nuclear, que reúne información tanto del padre como de la madre, el ADN mitocondrial solo transmite información de la madre. Al no tomar en cuenta las falsas paternidades, su grado de fiabilidad es muy alto.

Turi King. Es una especialista en genética de la Universidad de



✦ El drama de los huesos de un rey.

Leicester que lideró el trabajo de investigación de los restos de Ricardo. El equipo de genetistas a su cargo descubrió que si bien el ADN heredado por el lado materno coincidía con el de los descendientes vivos de Ricardo, eso no sucedía con el lado paterno. En un medio obsesionado por la pureza de los orígenes, las implicaciones de este descubrimiento eran poco menos que escandalosas. Los investigadores no pueden saber con seguridad cuándo se dio una infidelidad femenina en la familia real, pero tienen suficientes bases para pensar que sucedió en algún momento entre Juan de Gante (1362-1399), hermano del bisabuelo de Ricardo III, y Henry Somerset, duque de Beaufort (1744-1803). Dado que el amplio margen de maniobra abarcaba también la línea de los Tudor, el anuncio ponía en tela de juicio el linaje de la actual reina Isabel II. Una venganza maestra, en tanto fueron los Tudor los principales responsables de difundir la “leyenda negra” de Ricardo.

Kevin Schurer. Parte del equipo de genetistas que básicamente entró a escena a decir: “No estamos afirmando de ninguna manera que Su Majestad no debería estar en el trono.”

Peter Soulsby. Alcalde de Leicester. Anunció que, tras confirmarse la identidad de Ricardo III, sus huesos serían llevados a la catedral local, St. Martin. Pero apenas sus planes se hicieron públicos, otra ciudad se apresuró a reclamar la osamenta: York, cuyos concejales consideraron que se trataba del “lugar de entierro más apropiado para Ricardo III, uno de los hijos más famosos y más queridos de

la ciudad”. El arqueólogo John Oxley, fuerte partidario de la causa de York, afirmó que “ciertamente Ricardo no quería ser enterrado en Leicester”, pero Soulsby no estaba dispuesto a perder la buena propaganda que su localidad estaba recibiendo gracias a la exhumación y pronunció una frase digna de un drama isabelino: “¡Esos huesos se quedarán en Leicester / o en todo caso se los llevarán sobre mi cadáver!” Luego, en una línea más propia de un juriconsulto, recordó que la licencia concedida por el Ministerio de Justicia al equipo de expertos estipulaba el entierro en Leicester. Los tribunales le dieron la razón.

Ricardo III (esqueleto). Recibirá sepultura el 23 de marzo de este año en la catedral de Leicester. Según se ha anunciado oficialmente, el féretro comenzará su recorrido en Bosworth, hará diversas escalas en sitios relevantes de la biografía del rey y concluirá su trayecto en St. Martin. Ahí quedará expuesto durante tres días. El entierro tendrá un costo de tres millones de euros.

Looking for Richard. Ricardianos que, tras hacer posible la exhumación, iniciaron en 2015 una campaña para conseguir que el gobernante recibiera una sepultura católica de acuerdo a la fe que profesó. Criticaron la decisión de que sus restos terminaran en una iglesia anglicana y no en una acorde a su religión. “Existen numerosas pruebas de que Ricardo III tenía una fe personal muy seria –recordó John Ashdown-Hill–. Si Ricardo no hubiera muerto, tal vez la iglesia anglicana nunca habría existido.” –